

Isabel aguardó el día presa de la más viva impaciencia, sin poder cerrar los párpados á causa de la agitacion que habia producido en ella aquel extraño suceso; pero el resto de la noche se deslizó sin más incidente.

Al bajar la jóven al comedor, sus amigos quedaron sorprendidos de la palidez que invadia su delicado semblante y del amoratado cerco que rodeaba sus ojos. La asediaron á preguntas, y ella contó la aventura nocturna. Sigognac, furioso, hablaba nada ménos que de saquear la casa del duque de Vallombreuse á quien sin vacilar atribuia aquella infame tentativa.

—Soy de opinion,—dijo Blazius,—que á toda prisa arrojemos nuestras decoraciones y nos vayamos á perder ó mejor salvar en el océano de Paris. Las cosas se complican.

Los cómicos fueron del parecer del Pedante, y se fijó la partida para el día siguiente.

CAPITULO XI

EL PUENTE NUEVO.

Largo y Pedante por demás se preparaban para salir de la ciudad de Thiers hacia Paris, la gran ciudad durante el trayecto no quedaba sino de ser tomada. Nuestros cómicos llevaban la bolsa repleta de dinero para el momento, pudiendo abandonar sus caballos y hacer las maletas. La compañía se detuvo en Tours y en Orleans para dar algunas representaciones, cuyos productos destinaron á ayudar á Herodes, más sensible en la ciudad de director y de actor, al éxito anunciado que á otro alguno. Blazius se esforzaba á tranquilizarse y á reírse de los sucesos que le habian ocurrido. El carácter negativo de Vallombreuse. Sin embargo Isabel se estremecía al recordar la frustrada tentativa de que habia sido objeto, y más de una vez en silencio, aunque en las pasadas dormía con Zerkina, repetía los nombres de sus colegas de Chiquita, salir del fondo de un oscuro traginero, y á la vez se acordaba de la salida de un oscuro traginero, y á la vez se acordaba de la salida de un oscuro traginero.

peñas calmarla. Sin que por otra parte Sigognac demostrase la menor inquietud, dormia este en el cuarto más próximo al de su amada, con la espada en la cabeza de la cama y vestido para estar preparado en caso de cualquier alarma nocturna. De dia, nuestro Barón andaba casi siempre á pie delante de la carreta, como espectador, sobre todo cuando pasaban cerca de algunas breñas, sotras, tapias ó chozas arruinadas que podian servir de refugio á una emboscada. Si veia algún grupo de viajeros de aspecto sospechoso, se replegaba hácia la carreta donde el Turco, el Intrigante, Blazius y el andrino formaban respetable guardia.

CAPÍTULO XI.

EL PUENTE NUEVO.
Pero todas sus precauciones fueron inútiles y superfluas. La compañía no se vio sorprendida por ningún ataque, sea porque el dague no hubiese tenido tiempo de comandarlo.

Largo y fastidioso por demás seria seguir etapa por etapa la carreta de Thespis hasta Paris, la gran ciudad; durante el trayecto no sucedió aventura digna de ser contada. Nuestros cómicos llevaban la bolsa repleta y marchaban sin entorpecimiento, pudiendo alquilar caballos y hacer buenas jornadas. La compañía se detuvo en Tours y en Orleans para dar algunas representaciones, cuyos productos dejaron satisfecho á Herodes, más sensible, en su calidad de director y de cajero, al éxito amonedado que á otro alguno. Blazius comenzaba á tranquilizarse y á reirse de los sobresaltos que le habia causado el carácter vengativo de Vallombreuse. Sin embargo Isabel se estremecia al recordar la frustrada tentativa de que habia sido objeto, y más de una vez en sueños, aunque en las posadas dormia con Zerbina, creia ver la atezada y salvaje cabeza de Chiquita salir del fondo de un oscuro tragaluz mostrando su blanca dentadura. Despavorida ante la vision, se despertaba dando gritos, logrando su compañera á duras

penas calmarla. Sin que por otra parte Sigognac demostrase la menor inquietud, dormía este en el cuarto más próximo al de su amada, con la espada en la cabecera de la cama y vestido para estar preparado en caso de cualquier algarada nocturna. De día, nuestro Baron andaba casi siempre á pié, delante de la carreta, como explorador, sobre todo cuando pasaban cerca de algunas breñas, sotos, tapias ó chozas arruinadas que podían servir de refugio á una emboscada. Si veía algún grupo de viajeros de aspecto sospechoso, se replegaba hácia la carreta donde el Tirano, el Intrigante, Blazius y Leandro formaban una guarnición respetable, aun cuando de estos dos últimos el uno fuese viejo y el otro tímido como la liebre. Otras veces, como entendido general que sabe prevenir los ataques simulados del enemigo, iba á retaguardia, pues el peligro podía también venir de este lado. Pero todas sus precauciones fueron inútiles y supererogatorias. La compañía no se vió sorprendida por ningún ataque, sea porque el duque no hubiese tenido tiempo de combinarlo, sea porque hubiese renunciado á su capricho, ó bien porque el dolor de su herida hubiese puesto una traba á su fogosidad.

Aunque corriese el invierno, la estación no era muy cruda. Abrigados convenientemente con ropas de que se habían provisto en la prendería, y bien alimentados, los cómicos no experimentaban frío, y el cierzo no ofrecía otro inconveniente que el de hacer subir á las mejillas de las jóvenes actrices un encarnado un poco más vivo que el de costumbre y que á veces invadía hasta su delicada nariz; rosas de invierno, que aunque poco simétricas, no les sentaban mal, pues todo favorece á las mujeres cuando estas son guapas. Respecto á la señora Leonarda, su cutis de dueña gastado por cuarenta años de afeites era inalterable al cierzo y al aquilon.

Por fin sobre las cuatro de la tarde de cierto día, llegaron cerca de la gran ciudad, del lado del Bievre, cuyo puentecito cruzaron, bordeando el Sena, río ilustre entre todos, cuyas

ondas tienen el honor de bañar el palacio de nuestros reyes y tantos otros monumentos de universal renombre. El humo que salía de las chimeneas de las casas formaba encima de estas un gran banco de rojiza niebla semi trasparente, detrás del cual el sol, encarnado y desprovisto de rayos, caminaba á su ocaso. Sobre aquel fondo de turbia luz se dibujaba el violáceo contorno de los edificios particulares, religiosos y públicos que la perspectiva permitía abarcar de desde aquel punto. Al otro lado del río, detrás de Louviers, percibíase el bastión del Arsenal y los Celestinos, y más hácia acá la aguja de la catedral de Nuestra Señora. Si el panorama de este conjunto era seductor, magnífico fué el espectáculo que se ofreció á la vista de los cómicos luego que hubieron franqueado la puerta San Bernardo. Nuestra Señora se presentó á los ojos de nuestros viajeros en todo su esplendor, dejándose ver el ábside, con sus estribos parecidos á costillas de pescados gigantes, sus dos cuadradas torres y su aguda flecha colocada sobre la intersección de las naves. Otros campanarios más humildes denotaban encima de los tejados el sitio que ocupaban algunas iglesias ó capillas confundidas entre la aglomeración de las casas y destacaban su masa oscura sobre la clara faja del horizonte; pero sobre todo lo que atraía las miradas de Sigognac, que no había estado nunca en París, era la catedral, cuya grandiosidad le llenaba de admiración. El movimiento de carros cargados de mercancías de variadas clases, el número de ginetes y de pedestres que se cruzaban tumultuosamente á orillas del río y por las calles próximas á él en las que á veces se internaba la carreta para abreviar camino, el vocerío producido por toda aquella muchedumbre le deslumbraban y aturdían; y ¿cómo nó, acostumbrado como estaba á la soledad de las landas y al mortal silencio de su antiguo y arruinado castillo? Parecíale al Baron que dentro de su cabeza daba vueltas una piedra de molino, y sus piernas le vacilaban como si hubiese hecho abuso de alcohólicas bebidas. Pronto la aguja delicadamente labrada

de la Santa Capilla dejóse ver por encima de los tejados del palacio iluminado por los últimos rayos del sol poniente. Sobre el fondo oscuro de las fachadas de las casas iban apareciendo luces, que las negras aguas del río reflejaban y prolongaban como serpientes de fuego. Poco despues se destacó entre la sombra, á lo largo del muelle, la iglesia y el claustro de los Grandes Agustinos, y sobre el terraplen del Puente Nuevo, Sigognac vió á su derecha bosquejarse á través de la oscuridad, más densa por momentos, la forma de una estatua ecuestre, la del buen rey Enrique IV; pero la carreta, doblando el ángulo de la calle Delfina recientemente abierta en los terrenos del convento, hizo desaparecer pronto al ginete y al caballo.

Al extremo de la calle que acabamos de nombrar, y cerca de la puerta de su nombre, existia en aquella época una posada en la que se hospedaban á veces las embajadas de los países extravagantes y fabulosos, y en la que siempre tenian cabida cuantos se presentaban, por numerosos que fuesen, en la seguridad de encontrar en ella, cama los amos, y las bestias heno en el pesebre. Allí era donde Herodes fijó, como en lugar propicio, los reales de su horda teatral. El brillante estado de la caja le permitia este lujo; lujo útil por otra parte, pues daba lustre á la compañía, demostrando así no estar compuesta de vagabundos, petardistas y perdidos, obligados por la miseria á abrazar el penoso oficio de cómicos de la legua, sino de actores á quienes su talento proporcionaba una renta decente, cosa posible segun se desprende de lo que Pedro Corneille, poeta eminente, dice en su comedia la *Ilusion cómica*.

Mientras aguardaban que les preparasen los cuartos, los cómicos entraron en la cocina, que era tan espaciosa que podia con todo desahogo arreglarse en ella la comida de Gargantua ó de Pantagruel. Al fondo de la inmensa chimenea, roja y flamjera como la boca que representa el infierno en la gran diablería de Donai, ardian árboles enteros. Coloca-

dos en muchos asadores sobrepuestos, á los que hacia dar vueltas un perro que se movia como un condenado en el interior de una rueda, veíanse rosarios de patos, pollas y pollos que iban tomando dorados matices, lomos de ternera, y multitud de perdices, codornices y otra caza menor. Un marmiton á su vez medio asado y cubierto de un mar de sudor, aunque sólo llevase una simple blusa de tela, rociaba las viatuallas con una gran cuchara que sumergia en una grasera cada vez que habia vaciado el contenido de la misma: verdadero trabajo de Danaida (1), pues el jugo recogido se derramaba siempre.

Al rededor de una larga mesa de roble, atestada de viandas en preparacion, bullia un regimiento de cocineros, ayudantes y cata caldos, de manos de quienes los pinches recibian las piezas mechadas, recogidas, especiadas para llevarlas á los hornos que, tan incandescentes estaban, más parecian las fraguas de Vulcano que oficinas culinarias, y á través de cuya inflamada neblina los mozos parecian ciegos. A lo largo de las paredes brillaba una formidable batería de cocina de cobre ó de laton, como calderos, cacerolas de todas formas y tamaños, besugueras en cuya cavidad hubiera podido cocerse á fuego lento el leviatan, moldes de pastelería en forma de torrecillas, cúpulas, templetes, cascós y turbantes á la sarracena, en fin todas las armas ofensivas y defensivas que puede encerrar el arsenal del dios Estómago.

A cada instante llegaba de la repostería algun robusto criado, de rostro colorado y mofletudo como los que pintan

(1) *Danaidas*, eran cincuenta hermanas, hijas de Danao, que se casaron con cincuenta primos hermanos suyos, hijos de Egipto. Advertido Danao por el Oráculo que sus yernos le destronarian, mandó á sus hijas que degollasen á sus maridos la primera noche de sus bodas. Hipermenestra libertó al suyo, llamado Linceo; y sus hermanas, en castigo de su crueldad, fueron condenadas á llenar continuamente de agua en los infiernos una tinaja sin fondo. Llamábanlas tambien Belidas del nombre de Bel, ó Belo su abuelo.